

Sergio Iván Estrada Arellano

Universidad Mayor / Universidad de Santiago de Chile
sergio.estrada@usach.cl

Filosofía de la Historia latinoamericana y el estallido social en Chile: una propuesta desde los aportes de Arturo Andrés Roig*

Philosophy of Latin American History and the Social Outbreak in Chile: A Proposal from the Contributions of Arturo Andrés Roig

Resumen

El presente artículo aborda la posibilidad de pensar una Filosofía de la Historia Latinoamericana a partir de las características que marcaron al estallido social chileno de octubre de 2019, poniendo especial énfasis en el quiebre de sentido histórico que este significa y el surgimiento de una incipiente nueva conciencia. Para ello, me enfocaré principalmente en Arturo Andrés Roig, fundamentalmente por su importancia al interior del pensamiento latinoamericano durante el siglo XX, y porque forman parte de una constelación crítica respecto de la filosofía de la historia latinoamericana, y de cuyos aportes se logra analizar aquellos aspectos que permiten justificar el planteamiento anterior. Con dicho fin, he establecido las siguientes dimensiones como espacios de diálogo entre los aportes del autor y la comprensión del proceso en cuestión: 1) Historia y filosofía de la historia; 2) Nosotros; 3) Temporalidad; y 4) Colonialidad, dominación y Liberación.

Palabras claves: Filosofía de la Historia, Estallido social en Chile, Filosofía de la Historia latinoamericana.

Abstract

The present investigation addresses the possibility of thinking a Philosophy of Latin American History based on the characteristics that marked the Chilean social outbreak of October 2019, placing special emphasis on the break of historical meaning that this means and the emergence of an incipient new consciousness. For this, I will focus mainly on Arturo Andrés Roig, fundamentally for his importance within Latin American thought during the 20th century, and because they are part of a critical

* El presente artículo se enmarca dentro de una Tesis mayor del programa de Doctorado en Estudios Americanos en IDEA-USACH, titulada "Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Latinoamericana: desde los aportes de Leopoldo Zea, Arturo Roig y Enrique Dussel", desarrollada dentro del proyecto FONDECYT Nº 1210232 llamado "Formas de la traición en el Cono Sur. Hacia una taxonomía crítica", a cargo del Dr. José Santos Herceg.

constellation regarding the philosophy of Latin American history, and whose contributions it is possible to analyze those aspects that justify the above approach. To this end, I have established the following dimensions as spaces for dialogue between the author's contributions and the understanding of the process in question: 1) History and philosophy of history; 2) We; 3) Temporality; and 4) Coloniality, domination and Liberation.

Keywords: Philosophy of History, Social outbreak in Chile, Philosophy of Latin American History.

Introducción

Es difícil escribir en este contexto, escribir como generalmente los historiadores no estamos acostumbrados a hacerlo, sin aquella “distancia” con la que abordamos los procesos históricos, para tomar perspectiva, o una posición que nos permita tener mayor “objetividad” según la pretensión bajo la cual comúnmente estamos formados.

Escribir en el momento en que actualmente nos encontramos en Chile, durante el estallido social iniciado en octubre de 2019, que es uno de los momentos con mayor relevancia dentro de nuestra historia reciente, sin lugar a dudas, es escribir con la inseguridad de quien no alcanza a comprender del todo lo que se está viviendo, y, por ende, se nos torna difícil, desde nuestras disciplinas, poder entenderlo como uno quisiera o con la seguridad que uno generalmente acostumbra, considerando el cambio acelerado que va teniendo este proceso histórico que se transforma en cosa de minutos. Sin embargo, la reflexión se torna una necesidad y una obligación, incluso una salida, para quien se encuentra inmerso en el proceso, y del cual no puede ser indiferente, sobre todo considerando la importancia que ya posee, per se, dicho momento, como situación inédita dentro de nuestro imaginario sociohistórico. Desde ese punto de vista, me parece atingente, a modo de justificación de la necesidad de reflexión, la propuesta de Arturo Roig en torno al saber y al conocimiento, conforme:

En primer lugar, la crítica es, originalmente, una función contemporánea a los hechos. No necesitamos la maduración hegeliana de los tiempos para hacer la crítica de una época, o de una situación social, aun cuando la tarea crítica no alcance inicialmente todo su desarrollo.

En segundo lugar, la crítica es la crítica tiene un origen espontáneo. Aun cuando pueda llegar a establecerse como saber filosófico académico coma su posibilidad de estar en la praxis propia de la vida cotidiana y la constante tarea decodificadora del discurso que caracteriza a las formas del saber ordinario. (Roig, 2011, p. 240)

Es en ese sentido que el presente artículo busca ante todo desarrollar y proponer una reflexión abierta y contingente, donde el ejercicio hermenéutico está aplicado en la acción misma del movimiento y en los elementos que van tomando relevancia conforme se transforman en recursos que posibilitan el desarrollo, o al menos ensayo, en torno a un nuevo pensar.

Ya han surgido diferentes publicaciones – en realidad tantas que incluso se hace difícil leerlas todas en el corto tiempo – desde aquel viernes 18 de octubre de 2019, y que intentan, con diferente éxito, explicar el proceso en cuestión. Sin embargo, y lejos de ello, el aspecto que me

interesa abordar en el presente artículo apunta a un elemento sobre el cual me parece relevante llamar la atención: la relación entre una incipiente nueva filosofía de la historia latinoamericana y el estallido social chileno. Conforme el quiebre vivido desde octubre de 2019, y que claramente se proyecta hacia el presente en un contexto postpandemia, no solamente trajo consigo la crisis del sistema neoliberal y un cuestionamiento directo a la estructura, sino también, y eso es evidente, una crisis de las formas en que nos comprendemos y pensamos, es decir, un quiebre epistémico, una crisis de sentido. Bajo ese marco, mi interés dentro de este artículo es abordar específicamente la crisis del sentido histórico que trae consigo este estallido social en Chile, poniendo énfasis en las posibilidades de pensar en una nueva e incipiente filosofía de la Historia a partir de las características que marcan y toman lugar dentro del estallido social, cuestión que he venido desarrollando durante poco más de dos años, y sobre la cual, creo, no hay mejor momento para hacerlo que en este instante.

No obstante, y entendiendo lo extenso del corpus teórico que se puede abordar sobre la dimensión en particular, me gustaría centrarme en la figura de Arturo Andrés Roig, filósofo argentino que en el marco de la filosofía de la liberación, desarrolló una importante bibliografía en torno a la filosofía de la historia y las posibilidades de pensarla desde América Latina. Desde ahí, que la hipótesis que propongo indica que es posible identificar ciertos elementos que permiten hablar de una incipiente filosofía de la historia latinoamericana, en base al surgimiento de una nueva conciencia desde los elementos que inicialmente está posicionando el movimiento chileno de 2019. Y para ello, he decidido establecer cuatro ámbitos de análisis: El primero está dirigido a la historia y filosofía de la historia, en torno a la discusión sobre esa crisis de sentido y las formas en que se dibuja una nueva conciencia histórica en Chile y con un especial énfasis en el concepto de a priori antropológico como eje central desde el cual desarrollar y posibilitar la reflexión en torno al estallido; como segundo ámbito, la discusión se centrará en la pregunta sobre el nosotros, que ha surgido a partir de este movimiento; la tercera dimensión responde a la discusión sobre la temporalidad de esta nueva filosofía de la historia; finalizando con una revisión de los conceptos de colonialidad, dominación y liberación.

Historia y filosofía de la Historia

“No son 30 pesos, son 30 años”. El estallido social chileno tiene como explicación directa los más de treinta años de descontento y sufrimiento social al interior del desarrollo y profundización del neoliberalismo. Desde 1974, con las primeras medidas neoliberales de Pinochet, la sociedad chilena tuvo que afrontar la privatización de la mayor parte de las dimensiones que ocupan su cotidianeidad, al unísono que se producía la contracción del rol económico del Estado hacia un rol meramente subsidiario, razón por la cual todas las áreas sociales, que generalmente se entienden como derechos básicos, quedaron a merced de privados y al funcionamiento del mercado, rompiendo radicalmente con el modelo que se desarrollaba hasta 1973. Con la recuperación de la democracia y el fin de la Dictadura, los gobiernos de la transición, tanto de centro-izquierda como de derecha, perfeccionaron y profundizaron aún más el neoliberalismo, privatizando las pocas áreas que aún quedaban bajo la administración estatal y generando políticas aún más beneficiosas para el desarrollo empresarial, en desmedro de las condiciones sociales de la mayor parte de la población chilena.

La precarización de la vida y el paso generacional, ayudaron a que el año 2006, el grueso velo de terror y trauma que seguía produciendo la Dictadura de Pinochet fuese quebrado por los estudiantes secundarios chilenos quienes levantaron un primer movimiento social que marcó la reactivación de la protesta en la democracia del nuevo milenio. La revolución de los pingüinos fue la primera gran movilización del nuevo milenio en que se increpaba directamente al modelo dejado por Pinochet, profundizado en democracia, particularizado en torno a los vicios de la educación de mercado, pero no por ello dejando de lado un cuestionamiento general al sistema. A partir de ese año, fueron múltiples los movimientos sociales que se tomaron las calles exigiendo reformas profundas que cuestionaban al sistema neoliberal vigente en Chile, y que en su mayoría terminaron en mínimas transformaciones por parte de los gobiernos, sin mover un ápice del sistema, anuladas por la represión y/ la cooptación de sus demandas. Esos 30 años de expansión y fortalecimiento del neoliberalismo, administrado por una clase política con intereses comunes y una clase empresarial que se beneficiaba permanentemente del modelo, llevaron al presidente Sebastián Piñera a considerar a Chile un oasis en América Latina (Cooperativa.cl, 2019). Pero unos pocos días después, el espejismo al que hacía referencia Piñera se revelaría a través de un quiebre profundo y general que marcó la pauta de la transformación social de la realidad por parte de la sociedad chilena, con una magnitud, si bien anunciada, imprevisible y espectacular.

La crisis social general, nominada y constituida bajo el lema de #Chiledespertó, “revuelta popular” o “estallido social” que inició el 18 de octubre de 2019 y cuyo desarrollo se mantiene hasta el día de hoy, en medio de la pausa que provocó el COVID-19, estuvo caracterizado por ese cambio de conciencia, o más bien, un cambio radical en la forma en que la sociedad chilena se miraba y se pensaba así misma. Conciencia que está estrechamente ligada al hecho mismo del devenir histórico de la sociedad chilena del último tiempo, y principalmente de la postdictadura, conforme, y siguiendo el planteamiento de Boaventura de Souza Santos: “[...] la comprensión del mundo y la forma como ella crea y legitima el poder social tiene mucho que ver con concepciones del tiempo y de la temporalidad” (2006, p. 67). Desde ese punto de vista, el mismo sentido de la disrupción establece ya de por sí una fractura en la continuidad que posibilita el surgimiento o resurgimiento de sujetos históricos marginados de esa historia oficial, en cuya misma irrupción también se posibilita la construcción de nuevos sujetos sociales que se proyectan dentro de ese mismo quiebre. Cuestión que no ha sido, por lo demás, necesariamente una novedad en términos históricos, tal como proponen Salazar y Pinto, en torno a la dinámica cíclica existente dentro de un relato dominado por el librecambismo, el estallido se puede pensar como una nueva salida historicista del bajo pueblo, que marca el desarrollo y la sobrevivencia de las tensiones al interior de la estructura social (2003), pero que, a mi juicio, no por ello resulta menos relevante en cuanto a su contenido. Es decir, el estallido social, aún como parte de los procesos disruptivos cíclicos de la sociedad chilena, plantea un cuestionamiento profundo y no menor en torno a los modos de objetivación bajo los cuales se pensaba y comprendía la sociedad chilena contemporánea, principalmente desde la postdictadura, pues ha sido capaz de develar y fragmentar las condiciones societales y el peso del discurso histórico neoliberal y exitista, volcándolo desde sus cimientos a través del ejercicio crítico de la movilización general. En ese sentido, plantea Roig que estos episodios “tienen como principio motivador las diversas formas de emergencia de los sectores marginados: clases sociales, grupos étnicos, mujeres, en los que siempre se han dado y se dan, aún cuando de modo episódico y no sin grandes tragedias, formas decodificadoras del discurso vigente” (Roig, 2011, p. 240).

El estallido social viene a ser un quiebre en el devenir histórico que cuestiona el relato hegemónico de la historia oficial de la oligarquía proyectada como discurso histórico nacional, y

comienza a colocar énfasis en las fracturas, en las tensiones y en las desigualdades dentro del neoliberalismo chileno, que posibilitan y justifican la necesidad de un quiebre total, tal cual como se percibió el estallido social de octubre dada su fuerza y espectacularidad. En ese sentido, siguiendo la propuesta de Zibechi:

Durante los momentos insurreccionales la movilización disuelve las instituciones, tanto las estatales como las de los movimientos sociales. Las sociedades en movimiento, articuladas desde el interior de su cotidianeidad, fisuran los mecanismos de dominación, rasgan los tejidos del control social, dispersan las instituciones; dejan, en resumidas cuentas, expuestas las fracturas societales que la misma sociedad, al moverse, al deslizarse de su lugar anterior, pone al descubierto. (Zibechi, 2015, p. 43)

El estallido social chileno de 2019 se diferencia de otros momentos disruptivos justamente por su capacidad de movilización, logrando desarrollarse con un fuerte sentido general y transversal, pero también en torno a la misma relación en que se interpela al Estado. Desde ese punto de vista, este estallido ha sido el único capaz de poner en tela de juicio a la totalidad de la institucionalidad y en esa intención ser capaz de amenazarla de forma directa, a diferencia de otros movimientos sociales históricos en el Chile contemporáneo, en cuya lucha se tornaron esencialmente en procesos de demanda ante la institucionalidad. De tal forma, y siguiendo las propuestas de Enrique Dussel, el estallido social se constituye desde la negatividad, conforme:

Es a partir de la negatividad de las necesidades – de alguna dimensión de la vida o de la participación democrática – que la lucha por el reconocimiento se transforma frecuentemente en movilizaciones reivindicativas (que no espera la justicia como don los poderosos sino como logros de los mismos movimientos). (Dussel, 2012, p. 108)

La misma ausencia, y falta de interés por solucionar la reivindicación original de este movimiento por parte del Estado, posibilitó ese paso de una lucha de demanda a la movilización reivindicatoria que marcó el desarrollo de la revuelta en 2019, proceso que solo se fue radicalizando conforme se desarrolló, como respuesta, una represión y una criminalización incluso más fuerte por parte de las mismas instituciones. En ese sentido, la represión generalizada también juega un rol preponderante al interior de la evolución del proceso mismo, conforme permite el avance y la profundización de las contradicciones y la misma interpelación y amenaza en contra de la institucionalidad que se deslegitima al optar por la vía autoritaria.

Son aquellos elementos los que posibilitan un cambio de conciencia, posible de ser colocado bajo las condiciones en que se define y se propone un filosofar latinoamericano desde autores como Leopoldo Zea y Arturo Roig, conforme:

La filosofía de la historia de América se forja a partir de la conciencia de la dependencia. Dependencia en relación con los proyectos colonizadores que Europa, el mundo occidental, imponen a este continente. Será dentro del horizonte la colonización que ha sido descrito que se den las diversas respuestas latinoamericanas a la misma. Respuestas que formarán la concepción de la historia de estos pueblos. Filosofía de la historia que será cómo también coma antropología de los hombres que la protagonizan. Conciencia de la dependencia que dará, a su vez, origen a la búsqueda de su cancelación. Y dentro de esta cancelación va a quedar incluido el pasado vivido. El pasado colonial como la

única historia con que cuentan estos pueblos. Historia de la que tienen que partir. Un punto de partida que se ha rehusado. Rehusado como algo impropio, ajeno, extraño los pueblos que lo sufrieron. (Zea, 2015, p. 287)

La conciencia de dependencia y conciencia de explotación, de desigualdad y de miseria. Resultan interesantes las propuestas que plantea Zea, en torno a la reconfiguración del relato histórico inmediatamente anterior. El punto de partida necesario para configurar el quiebre es necesariamente el relato histórico anterior, sus dinámicas y características, pero principalmente sus consecuencias, lo que empuja a la sociedad chilena movilizadora, desde la conciencia de dicha dominación, a la necesidad de repensarse y replantearse. La crisis del neoliberalismo y su discurso ideológico que determina el devenir histórico chileno del último tiempo, abre la fractura sobre la que se hace posible pensar en alternativas, y de entre ellas, una nueva forma de relación entre el sujeto bajo condición de dominación y su historia.

Cambio de conciencia, que, siguiendo con los aportes de Arturo Andrés Roig, se relaciona directamente con el surgimiento de un a priori antropológico, como punto de partida de ese nuevo pensar.

A priori antropológico y estallido social

Propone Arturo Roig: “[...] no hay ‘comienzo’ de la filosofía sin la constitución de un sujeto” (Roig, 2009, p. 82) y, por ende, tampoco hay un nuevo pensar sin nuevos sujetos. La mirada que planteo, desde la propuesta de Roig, es que no puede haber una incipiente filosofía de la historia a través del estallido social chileno, sin el acto valorativo primordial en que consiste la propuesta del a priori antropológico de Roig, es decir, no puede existir este quiebre sin una transformación radical en torno a las formas en que se percibe y autoafirma dicho sujeto. Un sujeto que se expresa en al menos dos dimensiones que me parecen relevantes a partir de este concepto, la primera como sujeto valioso y la segunda en cuanto a su autoafirmación como sujeto histórico.

El a priori antropológico, es, desde la propuesta del autor, el acto originario de autoafirmación.

Se trata de un sujeto que como hemos dicho, repitiendo a Hegel, "se pone a sí mismo como valioso" y "considera como valioso el pensar sobre sí mismo". Lo axiológico se muestra por tanto con una cierta prioridad respecto de lo gnoseológico, en cuanto lo posibilita. En efecto, lo que podríamos denominar "ejercicio valorativo originario" permite una toma de distancia frente al mundo, dicho en otros términos, genera el necesario alejamiento mediante el cual se enfrenta la realidad como objetiva. Sólo la constitución del hombre como sujeto hace nacer al mundo como objeto y el "tomar distancia" del que hemos hablado es, primariamente, un hecho antropológico. (Roig, 2009, p. 82)

Corresponde al acto valorativo primigenio, en que se revaloriza y autoafirma la subjetividad del sujeto, en que considera como valiosa su cultura e historia, y a través de cuyo acto de reafirmación, se produce el recomienzo que da forma al filosofar latinoamericano e

invierte y quiebra las formas de objetivación impuestas y reproducidas desde los marcos coloniales y dominantes.

En todos los casos es posible descubrir, de modo patente, la presencia de un sujeto que asume su propia subjetividad, vale decir, su propia realidad social de una manera no ajena a la exigencia de transformación, porque esa realidad y su propia naturaleza en cuanto sujeto, son transformables, es decir, son históricas y no “naturales” [...]. Este tipo de manifestaciones se encuentra más cerca de la literatura de protesta y de denuncia y hasta de justificación de los actos de afirmación y rebeldía, y es por eso mismo marginal a la producción literaria académica y hegemónica, por donde los comienzos y recomienzos de que hablamos vienen a entroncarse en más de una ocasión, fácilmente, con formas literarias y musicales de origen popular. (Roig 1993, p. 167)

Ese quiebre fundamental en las formas de autoafirmación y autorreconocimiento de los sujetos, a la vez del quiebre respecto de las lógicas de imposición están del todo presentes en el estallido social. A través de frases sintomáticas de este despertar social como “Nos quitaron todo, hasta el miedo”, “hasta que la dignidad se haga costumbre” o “hasta que valga la pena vivir”, la sociedad chilena logra romper con la forma de objetivación proveniente del sistema neoliberal, donde todo valor se traduce en un valor de cambio, hacia una conciencia que brota desde el malestar visceral de una sociedad que se auto reconoce como víctima explotada por el neoliberalismo, en sus diferentes dimensiones y en las múltiples áreas dentro del mercado extendido. Ese fue la determinante que marcó el cambio desde un primer estallido que se expresó a través de la evasión por parte de estudiantes secundarios en las diferentes líneas de Metro hasta un movimiento social intergeneracional, sumamente heterogéneo y diverso en su constitución, pero que mantiene una amplia convicción general de solidaridad, unidad y compañerismo. Dice Arturo Roig: “El sujeto que se afirma como valioso [...], no es pues un sujeto singular, sino plural, en cuanto que las categorías de ‘mundo’ y de ‘pueblo’ hacen referencia justamente en él a una universalidad sólo posible desde una pluralidad” (Roig 2009, p. 11). En esa misma autoafirmación, se produce el reconocimiento de un nosotros, plasmado también en las frases del estallido “No estamos solos, estamos unidos” o “perdimos mucho tiempo peleando entre nosotros”, según consignaban los diferentes equipos de fútbol chilenos, reconociéndose como pueblo, afirmándose desde una misma necesidad, desde un mismo sufrimiento y una misma solidaridad.

El segundo aspecto en torno del desarrollo de este a priori antropológico, es en torno a la historicidad del sujeto.

El hecho de que todo hombre se defina por la historicidad implica la existencia de una conciencia histórica, dicho de otro modo, de una determinada experiencia de sí mismo que sólo es posible si se da primariamente una potencia o capacidad de experiencia. La historicidad, es por lo dicho, una empeira y el hombre, en cuanto a sujeto histórico, un sujeto émpeiros, con lo cual no se requiere decir que haya elaborado y acumulado esta o aquella experiencia, sino que es capaz de hacerlo. (Roig, 2009, p. 81)

Para Roig es central, en el reconocimiento del otro como sujeto, que finalmente implica el reconocimiento de nuestra propia historicidad. Entiende la historia, el reconocimiento y autoafirmación, como un acto de un sujeto empírico, inmerso en una historia y temporalidad y en

una sociedad determinada y atravesada por la contingencia como condición ineludible de su propia existencia. A través de la afirmación primigenia de A priori antropológico, Roig devuelve y reconoce la historicidad intrínseca que tiene el sujeto como ser humano y aquel es un elemento determinante dentro de la discusión que estoy planteando en torno al movimiento social chileno y que determina la profundidad de este instante histórico respecto de otros momentos de protesta en Chile. Dentro del Despertar chileno existe una clara convicción, no solo sobre la relevancia del momento histórico que se vive, sino que sobre todo del rol activo que tienen los sujetos, o el pueblo, dentro de ese proceso. Estamos presenciando un quiebre en el sentido histórico al que estamos acostumbrados, y desde ese mismo historicismo marcando el inicio de un nuevo momento histórico que supera al relato social imperante o la historia oficial, que se resquebraja desarrollándose todo un proceso de recuperación.

El estallido social devolvió lo político a la sociedad chilena y asimismo el reconocimiento como agente histórico de transformación social. Dada la superación de la Clase política chilena y del desborde de la institucionalidad inepta que no logra entregar respuestas coherentes con las demandas sociales del movimiento, está profundamente presente la convicción de que el cambio, quiebre y reemplazo del modelo solamente ocurrirá por medio de la movilización y protesta social, por ende, y a diferencia de otros movimientos sociales en Chile, el protagonismo es única y exclusivamente del pueblo y sus objetivos. “Todo con el pueblo, nada sin el pueblo”, reza uno de los mensajes escuchados en las marchas y rayados en las murallas de la ciudad de Santiago, en referencia a lo que ha sido la proposición de una Asamblea Constituyente, y como rechazo a las fallidas negociaciones intra partidistas que han intentado encausar el proceso hacia un cambio político institucional.

Pero no es solo la forma en que se expresa el reconocimiento del historicismo que tiene este estallido. Sino también un sentido histórico proyectual, de modo que no solamente se tiene conciencia de que se está haciendo historia, o “Como nos quitaron la historia, tuvimos que salir a hacerla”, sino también de la escritura de la historia que vendrá después y sobre todo en el juicio histórico que hará esta nueva sociedad respecto del gobierno de Sebastián Piñera y el actual de las Fuerzas de Orden y Seguridad, quienes hasta la fecha han provocado la mayor catástrofe de violaciones a los DDHH desde que terminase la Dictadura de Pinochet. A partir de ello, y siguiendo la propuesta de Roig, se instala la posición axiológica del movimiento social chileno de 2019 en torno a su propia empiricidad histórica (2009, p. 17). Es desde ahí que se percibe la posibilidad de una Nueva Filosofía de la Historia.

Nosotros

Algunos párrafos más atrás, abordaba el plural contenido en la afirmación del nosotros mismos como valioso, o a priori antropológico. No obstante, cabe profundizar aún más en torno a ese concepto del “nosotros” al que hago referencia y que contiene a las y los sujetos históricos que marcan el desarrollo de este movimiento. Al respecto Arturo Roig propone: “La particular naturaleza del “nosotros” [hablando del nosotros los latinoamericanos] nos obliga a una identificación, en este caso en relación con una realidad histórico-cultural que nos excede, a la que consideramos con una cierta identidad consigo misma, ya que de otro modo no podría funcionar como principio de identificación” (2009, p. 19). ¿Quién es el nosotros bajo el cual se constituye el despertar social chileno de 2019? Fundamentalmente es un nosotros

extremadamente diverso, intergeneracional, transgénero, multiétnico, intercultural e incluso heterogéneo en lo que respecta a los principios político-ideológico de sus componentes, por ello, difícilmente surge desde una identidad chilena clara y consolidada, sino esencialmente desde la parcialidad. No obstante, y siguiendo la propuesta de Arturo Roig: “[...] a pesar de esa inevitable parcialidad, la diversidad es pensada siempre en función de una unidad, entendida a la vez como actual o como posible” (Roig, 2009, 21), en el sentido de que esa misma diversidad es la que permite la unidad como condición fundamental para la comprensión de la misma. Lo que se produjo inicialmente en el movimiento social chileno es un proceso de identificación en base a un denominador común, que como planteaba, está principalmente ligado a las condiciones de vida, explotación y dominación dentro del neoliberalismo. Es el mismo sistema y sus abusos el que permitió, como una fisura dentro de su propio desarrollo, el surgimiento de su propia amenaza, y que constituyó en un primer momento el reconocimiento de una noción de nosotros-pueblo que sufre debido al sistema. Desde esa primera unidad, el desarrollo del mismo proceso ha conducido al movimiento al reconocimiento en torno a figuras simbólicas que comienzan a surgir como muestras de una identidad histórico-cultural establecida como propia desde su autoafirmación. Si vemos una de las postales más icónicas del estallido social, como lo es la fotografía de la Gran Marcha de Chile, donde se muestra Plaza Dignidad (Plaza Baquedano) completamente ocupada durante el atardecer por el estallido social, se pueden percibir aquellos símbolos bajo los cuales se produce el acto de reconocimiento en torno a una identidad pueblo que surge desde el mismo movimiento. La bandera chilena, se entremezcla con la bandera Mapuche, que toma protagonismo dentro del despertar como eco de una resistencia original y permanente a lo largo de la historia, y como elemento común histórico-cultural de la constitución misma del sujeto como mestizo, que ya no se reconoce con el europeo sino con el indígena violado y violentado. Asimismo, en esa misma línea de análisis, resulta sintomática la presencia de las banderas de las barras bravas del fútbol, generalmente ligadas a las clases populares, pobres y marginales, también criminalizadas por el mismo sistema, que toman parte dentro del contexto como parte de la resistencia y la lucha desde abajo. En conjunto con ellas, banderas de la diversidad sexual, la wiphala, pañoletas verdes y moradas, lienzos estudiantiles, rostros de las víctimas, todos ellos marginados, explotados y violentados por el modelo, que adquieren una unidad desde su reconocimiento de la diversidad en la imagen que proyectan, desde sí mismos, como pueblo. El símbolo principal del movimiento es sintomático de ese reconocimiento que se produce desde esa diversidad, quiltra (mestiza) negra y combativa como el “Negro Matapacos”, figura en torno a la que el estallido ha adquirido forma, rostro y fuerza.

La famosa frase “No estamos en Guerra, estamos unidos”, que rechazaba directamente las declaraciones de Piñera, eran la muestra más evidente de dicha conciencia. En torno a ello, la violación generalizada de DDHH humanos por parte del Estado ha provocado el fortalecimiento de ese mismo sentimiento, pues cada pérdida le duele a este despertar que pierde a uno de los suyos. A partir de ello, también resulta relevante considerar dentro de este análisis sobre el nosotros esa dualidad constituyente bajo la cual también se expresa y toma forma el movimiento social chileno. El nosotros/os pueblo se conforma en oposición a un grupo privilegiado dentro del modelo, entiéndase el Estado, la clase política, carabineros de Chile y la clase más acomodada, quienes aparecen como las figuras que ayudan también a consolidar ese reconocimiento del nosotros a través de su férrea defensa del modelo y su estatus.

Cabe reconocer, por otro lado, que esa misma condición es la que vuelve imposible cualquier tipo de negociación por parte de los poderes con el movimiento y que vuelve tan profundo esta crisis estructural del modelo, pues no existe un agente particular válido que sea

vocero de dicha colectividad, que se propone fundamentalmente desde la horizontalidad y solidaridad transversal, en donde el pueblo aparece como el agente histórico-social por excelencia, desde esa misma pluralidad.

Temporalidad

El quiebre que provoca el estallido social en Chile, no solamente implica un quiebre en el desarrollo del sistema neoliberal, en la política tradicional de ese virtual binarismo partidista, o en los marcos bajo los cuales funcionaba la sociedad chilena. Es un cambio profundo, que como he intentado plasmar, va de la mano de una nueva forma de entendernos como valiosos, identificarnos desde un nosotros y por supuesto reconocernos como sujetos históricos. Es por ello, en parte, que la respuesta de la Clase Política ha sido tan errática respecto del movimiento, porque no se logra vislumbrar la profundidad que tiene este despertar como estallido crítico multidimensional, profundo y refundacional. Y ello esa respuesta desde la falta de comprensión y conciencia no es azarosa, se justifica en torno al imaginario y relato histórico que se ha reforzado desde la Dictadura y la dinámica histórica de la recuperación democrática o transición política, como historiográficamente se conoce al periodo post Pinochet. Su pensamiento reposa en el ideal de continuidad.

Continuidad estrechamente ligada a la noción de periodificación, muy propia de una matriz de pensamiento hegeliano bajo el cual se desarrolla la historiografía chilena y latinoamericana, que plantea “[...] el desarrollo continuo de esa historia y la existencia de hiatos o cortes que no llegan a quebrar el desarrollo” (Roig, 1994, p. 99), que respecto de la idea de Historia Mundial de Hegel se relaciona asimismo dentro del espacio local-nacional de cada una de las realidades. Esa continuidad ideológicamente cargada, está estrechamente ligada a un ejercicio de poder, tal como analiza Roig, en torno a la idea de un “proyecto de continuidad” o una “desesperación por una continuidad”, como recurso de sobrevivencia y de apropiación. “Los sectores de poder, con sus intelectuales, crean su propia imagen histórica continua y aseguran su permanencia; esos mismos intelectuales colaboran para que esa clase se “apodere” de las “imágenes” de la historia, que son, en última instancia, imágenes de ella misma” (Roig, 1994, p.101). El oasis de Piñera, los jaguares de América Latina u otras formas de denominación bajo la cual se ha intentado construir Chile como un espacio de desarrollo envidiable dentro de la región, son las formas en que por más de 30 años se proponía ese proyecto de continuidad ligado al poder económico neoliberal que controla el país, justificado no solo en los supuestos “beneficios” que traía consigo el sistema, sino también en el contraste permanente con los vecinos continentales que, en los índices, no tenían los resultados que sí tenía Chile. En torno a ello, la misma renovación política entre izquierdas y derechas dentro del último tiempo también era parte de esa misma continuidad, pues lejos de ciertas diferencias en torno a lo valórico, sustancialmente en lo económico mantenían una propuesta y una acción común. En ese mismo discurso, cada una de las movilizaciones que tuvieron lugar desde el 2006 en adelante, fueron esos “hiatos” que, desde ningún punto de vista, lograban quebrar ese supuesto bienestar general y confianza en el modelo. De ahí que no exista posibilidad de comprender la real profundidad del estallido por parte de la Clase política y empresarial increpada en este momento, pues abrazarla y asumirla implicaría perder ese proyecto y con ello su permanencia, o incluso ver amenazada su sobrevivencia.

El quiebre entonces del que somos parte en este instante implica el desplazamiento de ese sujeto que dentro de la continuidad se niega así mismo, entendiendo que el sujeto es el proceso y el sistema, según el marco hegeliano (Roig, 1994, p. 100), hacia este sujeto pueblo que se reconoce a sí mismo como actor histórico de la transformación social. De la continuidad derrumbada entonces, surge un recomienzo, que amerita una nueva forma de entender la historia y la historiografía, a partir de este sujeto que se reconoce como valioso.

La idea de Arturo Roig, y que me parece elemental dentro de este marco de análisis para el estallido social chileno, reposa sobre la posibilidad de una historia episódica, un nuevo camino distinto a la historia oficial en cuya continuidad estas historias quedan marginadas. Historias y momentos que quedan señalados como rupturas, momentos de irracionalidad que no encajan dentro de la justificación racional de la continuidad, siguiendo a Gramsci (Roig, 1994, p. 102).

Hemos sostenido que no hay un comienzo de la Filosofía latinoamericana propiamente dicha, sino recomienzos. Asimismo, hemos aventurado la tesis de una historiografía en la que lo episódico posee una particular presencia, no extraña a aquel recomenzar. Una filosofía Latinoamericana [se nos presenta] como un enunciado de discursos circunstanciales que han sido para cada época diagnóstico, denuncia, proyecto y también, por cierto, compromiso. (Roig, 1994, p. 119)

Episodios entonces, “una parte no integrante o una acción secundaria respecto de la acción principal dentro de un poema épico o dramático” (1994, p.102), el movimiento chileno tiene ese énfasis irruptivo, por eso es tan inédito y tan imprevisible en su propio desarrollo. El sujeto auto reconocido como valioso, episódico, no asegura la continuidad del relato de poder, porque necesariamente es un sujeto que se encuentra fuera y en contra del mismo. Como Los Invasores de Egon Wolf, sujetos que se toman el espacio, que se traen para sí la decisión política, que quiebran, denuncian y resisten. La imagen de la Plaza Baquedano, hoy rebautizada como Plaza Dignidad es el mejor ejemplo de ese énfasis episódico e irruptivo del despertar social chileno, que se toma los espacios, transgrede y quiebra para siempre la “normalidad” e incluso, es capaz de provocar una subversión del poder mismo. De ahí que sea posible el surgimiento de una filosofía de la historia emergente, que surge desde la emergencia.

Colonialismo, dominación y liberación

En varios sentidos, el estallido social chileno de 2019 tiene un claro énfasis descolonizador. Y ello no solamente en el acto mismo de la reafirmación del sujeto desde su condición de marginalidad y explotación respecto del neoliberalismo, sino en el mismo reconocimiento de sí mismo como valioso desde lo que significa su propia constitución como pueblo mestizo, moreno, indígena, pobre y anti patriarcal. Resulta sintomático de ello, principalmente, la práctica general de destrucción y resignificación de las estatuas que representan el discurso histórico oficial colonial. En la ciudad de La Serena, es reemplazada la estatua de Francisco de Aguirre por la de una mujer indígena diaguíta; en múltiples espacios de la zona sur estatuas de Pedro de Valdivia son destruidas y descuartizadas, dejando su cabeza en las manos de una estatua de Lautaro o a los pies de la estatua de Caupolicán. En ese mismo sentido, en torno a la revalorización del origen indígena, la figura de Camilo Catrillanca también aparece

como una víctima popular y de resistencia a cumplirse un año de su asesinato en manos de Carabineros. Y ello también extendido a todos los símbolos de poder del discurso histórico tradicional, como la misma intención de reemplazar la estatua del General Baquedano en la Plaza de la Dignidad por la figura del Negro Matapacos, que en tal sentido encapsula ese sentido des colonial, al ser un perro callejero, negro, quiltro (chilenismo que significa mestizo), y por sobre todo resistente, dada la historia personal del can y su permanente participación en marchas estudiantiles. La expresión social del movimiento es claramente la subalternidad haciéndose presente e irrumpiendo en el espacio social para tomarlo y desarrollarse. Es desde ese mismo gesto contenido en el a priori antropológico que motiva el movimiento y que le posibilita mantenerse y permanecer resistente, y bajo el afán de querer transformarlo todo, es que se hace patente el desarrollo de una praxis liberadora que permita pensar en un mañana posible desde el despertar social chileno, a través de un tipo de saber entendido como un pensamiento filosófico transformador, el saber de liberación (2009, p. 17). Saber que debe entenderse como un filosofar auroral o matutino, bajo la metáfora que plantea Roig respecto del Búho de Minerva que alza su vuelo en el crepúsculo:

Un filosofar matutino o auroral confiere al sujeto una participación creadora y transformadora, en cuanto que la filosofía no es ejercida como una función justificatoria del pasado, sino de denuncia de un presente y de anuncio de un futuro, abiertos a la alteridad como factor de real presencia del proceso histórico de las relaciones humanas. (2009, p. 16)

Es desde ese saber auroral que planteo la posibilidad de pensar y por sobre todo construir, desde este despertar, una Nueva filosofía de la historia latinoamericana y chilena, desde la praxis que, desde la filosofía de la historia latinoamericana debe transformarse en la construcción de un nuevo marco propio, desde la crítica, desde el rechazo, desde la alteridad. Una filosofía de la historia que no se escribe desde la dominación de una filosofía de la historia imperial, sino que como discurso alternativo, es capaz de dialogar, discutir y disputar, un concepto de historia que se creía clausurado, hacia una noción liberadora, que abre y posibilita el desarrollo de nuevos marcos y nuevas conciencias desde los propios sujetos. Por ello, siguiendo a Roig, “si se puede hablar de ‘re-comienzos’ del filosofar latinoamericano, ello se debe a que se ha ido dando un fundamento fáctico de posibilidad en esas formas de praxis liberadora, en los diversos niveles de profundidad que puedan señalarse” (1984, p. 73).

Conclusión

“Una filosofía de la historia narrada dentro de los marcos de un pensamiento liberador supone la crítica y hasta el rechazo de otros modos de filosofar sobre lo histórico” (Roig, 1994, p. 159). El estallido social ha trastocado y transformado cada una de las dimensiones de la sociedad chilena hasta antes de octubre de 2019, y ha abierto a su vez un espacio de interpelación general en torno a las formas en que nos pensamos, escribimos y construimos a nosotros como sujetos. En ese contexto, hablar en torno a la posibilidad de una Nueva Filosofía de la Historia latinoamericana, como un proyecto y a partir de los elementos que han surgido a partir del estallido social chileno, también implica una interpelación directa a nuestra disciplina y a las

formas en que hacemos historia. Desde dicha perspectiva, resulta esencial para el historiador colaborar en la construcción de estos nuevos saberes bajo nuevos esquemas, lejos de los marcos jerárquicos y coloniales en los que siguen funcionando nuestras propias instituciones, entendiendo, como plantea Roig, al mismo acto de filosofar – conocer, pensar y reflexionar – no reducido a un discurso académico, “[...] sino que hay formas vividas que pueden llegar a lo discursivo al margen de aquellas tradiciones, el panorama será otro” (Roig, 1994, p. 97). Esa inversión, posibilitada por una contingencia y una sociedad mucho más crítica y empoderada respecto de su propia conciencia, también aparece como una irrupción transformadora, frente a la cual, ante todo, cabe reconocernos como parte de ella. Desde ahí, resulta esencial remarcar, criticar y pensar desde un esquema liberador, que se constituyan desde los sujetos y para los sujetos, a diferencia del modo vertical que generalmente desarrollamos desde la academia en torno al desarrollo de estos procesos sociales históricos. Tengo la certeza, de en mucho tiempo, no hemos tenido un mejor espacio para retomar cuestiones que considerábamos olvidadas o sepultadas bajo las gruesas capas de neoliberalismo, colonialismo y reproducción de lógicas y marcos eurocéntricos, para para pensar desde una filosofía y una historia auroral, siguiendo a Roig, en que también nos toca aportar y construir ese ese mañana que aún se nos aparece como imprevisible y extraño, pero sin lugar a dudas esperanzador.

Bibliografía

- Cooperativa (09 de 10 de 2019). Presidente Piñera: Chile es un verdadero oasis en una América Latina convulsionada. Recuperado el 05 de 2020, de Cooperativa.cl
- Dussel, E. (2012). Para una política de la liberación. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Salazar, G. y Pinto, J. (2002) Historia contemporánea de Chile, tomo 1. Santiago de Chile: LOM.
- Roig, A. (1984). Bolívarismo y filosofía latinoamericana. Quito: FLACSO.
- _____. (1993). Rostro y filosofía en América Latina. Mendoza: EDIUNC.
- _____. (1994). El pensamiento latinoamericano y su aventura. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- _____. (2009). Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano. Buenos Aires: Una ventana.
- _____. (2011) Rostro y filosofía de nuestra América. Buenos Aires: Una ventana.
- Souza Santos, B. (2006) Conocer desde el Sur. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales UNMSM.
- Zea, L. (2015). Filosofía de la historia americana. México: UNAM.
- Zibechi, R. (2015). Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales. Santiago de Chile: Editorial Deriva.